

Capítulo IV

¿Derecha o izquierda?: breves similitudes y diferencias para tener en cuenta

Si algo hay de cierto a la hora de hablar de política (aunque no sea académicamente), es que se debe tener medianamente clara esa vieja distinción de izquierda y derecha. Para nadie es un secreto que dicha división nació por allá en la asamblea francesa a finales del siglo XVIII y que se profundizó o agudizó con el pasar del tiempo y la varianza de los atributos sociopolíticos, culturales y económicos de las sociedades. Tampoco es un secreto la transformación del ideal inicial liberal francés en una excusa perfecta para la gesta de la especulación y la acumulación por parte de la burguesía, emergente producto, no tanto de una revolución, como sí de un recambio de poder.

Izquierda y derecha es el título de un tema diciente para Latinoamérica. Un tema que narra la historia del adiestramiento político desde los dos polos. Aquí en Latinoamérica eso de izquierda y derecha no es la historia de ninguna “Guerra Fría” ni el análisis sobre cómo golpeó “simbólicamente” a nuestra sociedad; creo más bien, que es la historia de una guerra caliente que destrozó el tejido social mucho más allá del efecto simbólico, que afianzó los poderes nacionales en los países, causó guerra de guerrillas en

casi toda la región, provocó la emergencia del paramilitarismo y terminó, luego de asesinada la mayor parte de la izquierda socialista, así como una cantidad abrumadora de jóvenes miembros de los ejércitos estatales, en la constitución de procesos de apertura democrática que prefiero llamar *procesos políticos gestores de la economía de mercado*.

Quiero abordar en este capítulo el desarrollo de unas ideas muy particulares, a propósito de dicha distinción, que me convocan a elevar los esfuerzos por clamar desde estas letras en favor de la disminución contemporánea del debate sobre esa vieja dicotomía tan intelectual y sádica y con la ayuda de la pasión y el amor humanista ¡pensemos primero qué es lo que necesita nuestra sociedad y qué cosas definitivamente no necesita!

Si el ejercicio de comprender las verdaderas necesidades de nuestra sociedad no lo profundiza la academia, si los docentes no ejercen la autocrítica y el estudiante ni pregunta, entonces seguiremos persiguiendo para bien o para mal teoría foránea (de derecha o de izquierda) sin conexión contextual, algo que considero el engaño intelectual más grande al que ha estado sometida Latinoamérica.

Antes de comenzar en firme el presente capítulo, debo pensar que el lector, a estas alturas del texto, ya puede dar cuenta de que mis explicaciones son esquemáticas en términos de la organización y exposición de las ideas, además de que promuevo el juego acrónico del reconocimiento histórico, para fomentar la búsqueda o lo que popularmente denominaríamos “atar cabos”; el proceso que el lector ha denotado, consiste en que primero propongo una serie de tesis y posteriormente las voy desglosando una a una para culminar con vehemencia en ocasiones y, por supuesto, subjetiva, pero siempre argumentadamente. Es probable que el lector pueda cuestionarse sobre la aparición de este párrafo, que, aunque parece más una parte de la introducción, considero adecuada su inclusión en el presente capítulo porque cuando se intenta hablar o escribir sobre izquierda y derecha en Colombia, lo primero que

hará quien escucha o quien lee es tratar con determinismo de encasillar al autor.

Apropósito, me atrevería a decir que muchos docentes abandonaron la temática y la discusión respecto de estos temas políticos, por no quedar inscritos en alguno de los dos bandos. Por supuesto, no estamos en París, esto no es Estocolmo, es Colombia, y hablar o escribir sobre política constituye un reto que en ocasiones se vuelve un peligro por culpa de los violentos, los odiosos, los envidiosos, los latosos, todas las especies de “osos” y, por supuesto, los deterministas.

No obstante, ¿acaso no necesita eso la academia colombiana? ¿Alejarse del positivismo craso, que puso a pensar a miles de individuos con el estómago y no con la cabeza y el corazón? Bien, pues mi estilo lo mantendré, y para este capítulo no será la excepción. Sé bien que es fácil confundir la vehemencia con el irrespeto, no obstante, decir, escuchar o leer cosas que no nos gustan pero que tienen sentido, no constituye irrespeto *per se*, como sí constituyen, en cambio, mensajes molestos, críticos, que no nos gusta que los evoquen, tal vez con el fin de proteger la comodidad y en ocasiones, la inamovilidad intelectual en un país que solicita la aparición de sus intelectuales más allá del aula y más allá de figurar en revistas científicas, que al paso que van creciendo sus mercados, terminarán indicando a los autores hasta qué ropa ponerse.

Recapitulando, izquierda y derecha contienen similitudes y diferencias tanto básicas como profundas; no obstante, me detendré a analizar, no la composición ideológica de cada una de las partes o el desglose económico y filosófico que merecería un libro completo, sino productivamente el significado de las consecuencias de dicha confrontación en el marco de la sociedad colombiana; en otras palabras, quiero preguntar por la existencia real de esta distinción en Colombia, por los efectos sobre la política, sobre las consecuencias nefastas de la guerra o bien por la profunda división existente que actualmente muchos se dedican a negar tajantemente mediante cátedras o conferencias.

Algunas de las cuestiones que intentaré abordar en este capítulo parten de la siguiente pregunta: ¿Por qué es importante comprender la distinción entre derecha e izquierda, si se supone que la Guerra Fría acabó hace mucho tiempo, la Unión Soviética se disolvió, Venezuela está *ad portas* de un cambio político al igual que Cuba, y en general a la gente le interesa “un pepino” el debate ideológico sustentado desde estas dos orillas?

La realidad fundamental es que esa vieja dicotomía, esa vieja contradicción, continúa más viva que muerta; lo que sucede es que, a propósito de la Guerra Fría, cuando una parte gana una guerra el vencedor tiene la responsabilidad, como producto de una reacción sistemática, de eliminar todo rastro del enemigo y suprimirlo incluso del campo del discurso, desmitificarlo, incluso configurar un serio intento de negación ontológica de la contraparte. Esto, en conjunto, ofrece la apariencia de un triunfo absoluto, no obstante, aparentemente. Se ha venido diciendo repetidamente, hasta convertirlo en un lugar común, que la distinción entre derecha e izquierda que, durante casi dos siglos, desde la Revolución francesa en adelante, sirvió para dividir el universo político en dos partes opuestas, ya no tiene ninguna razón de seguir siendo utilizada. (Bobbio, 1995, p. 51)

Bobbio es una autoridad intelectual en el tema de la distinción izquierda y derecha, y aunque dudo que él conociera camaleones¹, lagartos², micos³, elefantes⁴ y demás tipificaciones caricaturescas

1 Los que cambian de partido por conveniencias clientelistas.

2 Como comúnmente se le llama a un funcionario corrupto.

3 Los propósitos interesados que se insertan subrepticamente en un proyecto de ley.

4 Escándalos que supuestamente ocurren “a espaldas” de los gobernantes.

que se han hecho sobre los funcionarios en Colombia, considero que ese lugar común al que se refiere merece ser analizado un poco más.

¿Cuáles son las distinciones más prominentes entre izquierda y derecha? Inicialmente, si despegamos desde las referencias históricas, nos encontramos el inicio de esa distinción, en primer lugar, con la diada: monárquicos contra defensores del Estado Nacional. En segundo lugar, se da una transformación filosófico-política y la distinción se evidencia entre liberales y absolutistas, siendo el Estado, la figura artificial pero dinámica del poder, que todos buscan conquistar. En tercer lugar, esas distinciones se van complejizando porque el modelo de producción entra a jugar un papel determinante en el discurso político, lo que causó que muchos liberales, como resultado de la especulación y la explotación inherente a un capitalismo desregulado, impulsaran de manera decidida la consolidación de su contraparte: los socialistas utópicos. Este grupo ya comenzaban a centrar la problemática bajo categorías como clase social, obreros, capitalismo, distribución de la riqueza y explotación.

Para el socialismo, la economía política, considerada por muchos como la fisiología de la riqueza, no es más que la práctica organizada del robo y de la miseria; así como la jurisprudencia, decorada por los legistas con el nombre de razón escrita, tampoco es más que la compilación de las reglas del bandolerismo legal y oficial, o sea de la propiedad (Proudhon, 2005).

Abiertamente, con la diada, liberales versus socialistas utópicos, se comienza a gestar una nueva etapa de la distinción. En cuarto lugar, el socialismo científico hizo su entrada en la historia y definió conceptos como “burgués” o “capitalista” reconociendo su presencia en las relaciones de producción y la consecuente explotación y desigualdad, “mediante la compra de la fuerza de trabajo, el capitalista ha incorporado la actividad laboral misma,

como fermento vivo, a los elementos muertos que componen un producto y que también le pertenecen” (Marx, p. 225).

La distinción asume características tan complejas que aquello de izquierda y derecha pasó a convertirse en un paradigma con una fuerza multilateral y mundial, en que esas dos grandes categorías (aún) contienen unas variantes tan increíblemente diferenciadas como similares.

En Colombia, pasar por alto esas variables altamente diferenciadas y similares es una costumbre en gran medida promovida por la ignorancia, la incapacidad para pensar críticamente y el impulso pasional de amor y odio impreso en muchas ocasiones en los discursos políticos que viajan en la vida cotidiana colombiana. Por ende, el impulso hacia el encasillamiento de un discurso en el grupo de la izquierda o en el grupo de la derecha, en ocasiones, parece marcar la pauta, como si para hablar de políticauviésemos (anticipadamente o durante la exposición) que tomar una de las dos banderas paradigmáticas y así desarrollar las ideas.

Aprovecho ahora para realizar quizá la salvedad más importante de este capítulo; izquierda y derecha son categorías analíticas que van mucho más allá de simples partidos políticos, son paradigmas que varían de una forma monumental según el país, la sociedad, las condiciones culturales; no obstante, resultan increíblemente identificadas, porque la esencia ontológica de una postura es constituyente de la otra y viceversa.

Los dos términos de una diada se rigen indisociablemente el uno con el otro: donde no hay derecha ya no hay izquierda, y viceversa. Dicho de otro modo, existe una derecha en cuanto existe una izquierda, y existe una izquierda en tanto en cuanto existe una derecha (Bobbio, 1994, p. 64).

Ni es una redundancia, ni tampoco una obviedad. Es en esencia la condición ontológica de la ideología política de las sociedades. Humberto de la Calle, el jefe del equipo negociador del gobierno en los diálogos de La Habana, ha dicho varias veces que

democracia no es unanimidad, aludiendo implícitamente a más que una dificultad, una realidad política y explícita indudablemente contundente de la sociedad: nunca vamos a estar absolutamente todos de acuerdo.

¿Eso indica que la condición es el conflicto eterno? Bueno, creo que la discusión política es diferente a asesinar por razones políticas, del mismo modo que democracia no es democracia cuando todos los partidos piensan el mismo país, y quienes piensan otro país diferente no tienen acceso a la estructura del poder estatal.

Como decía anteriormente, izquierda y derecha tienen variantes altamente diferenciadas y sugiero dar importancia a reconocerlas no para legitimarlas, sino para abrir el espectro de un debate que va más allá del reconocimiento. En otras palabras, ¿qué hemos entendido en Colombia por partidarios de izquierda y partidarios de derecha? ¿Es en verdad la izquierda parlamentaria colombiana una izquierda real, o simplemente son mamarrachos de un liberalismo más abierto moralmente, que no se atreve a cuestionar el modelo económico? ¿Es de izquierda un sacerdote que exige la protección de los Derechos Humanos en zonas de conflicto y que no es portavoz de ningún gobierno o partido? ¿Es de izquierda un policía que se encapucha para hablar sobre sus derechos laborales, sobre garantías sociales? ¿Es de derecha aquel que opine negativamente sobre el marxismo? ¿Es de derecha aquel que no confía en la identidad política como una forma de cambio social? Estas preguntas son presupuestos típicos en el marco de un análisis sociológico y político, las he recibido por parte de estudiantes, de colegas, de gente común que busca conocer.

Así mismo, por ejemplo, en mi ejercicio docente, gente común ha tratado de encasillarme en la izquierda por apelar a la crítica de este sistema colombiano supuestamente democrático, como también gente común ha tratado de encasillarme en la derecha cuando critico formas ortodoxas o “mamertas” de expresión de objetivos políticos bien por descontextualizados o por incoherentes

¿Cuáles son las diferencias y similitudes más importantes por tener en cuenta cuando hablamos de política, de derecha, de izquierda en Colombia?

Bien, la punta del iceberg comienza con la aparición de sindicatos, las volátiles ideas contenidas en el *Manifiesto del Partido Comunista* publicado en 1848, con la Comuna de París. También en una medida más local con las discusiones que Rafael Uribe Uribe desarrollaba con aquellos que lo tildaban de socialista. Rafael Uribe Uribe, siguiendo las ideas de Robert Owen, introduce esa misteriosa palabra: “socialismo”. Por supuesto, los postulados de Owen se expresan desde el socialismo utópico, el socialismo puro, el que basa sus postulados en la confianza absoluta del triunfo de las mejores virtudes humanas por sobre sus peores expresiones o defectos; no obstante, parece que cuando existen condiciones materiales que imponen la voluntad individual a la voluntad general, entonces podríamos decir que en parte dependemos de esas condiciones materiales, o reales, y no solo de las morales o voluntarias para desarrollar las virtudes humanas.

Luego de la conformación del Partido Socialista, la fundación del Partido Comunista Colombiano (1928), la comprensión de nuestros problemas sociales pasó por los debates sobre la inequitativa tenencia de la tierra, el beneplácito gubernamental a las multinacionales, el amañamiento de la ley y el uso de la fuerza estatal para acabar con los contradictores políticos.

Así mismo, la izquierda en Colombia fue sinónimo de ateos, de bandoleros, de terroristas, de rebelión. Por su parte, la derecha fue sinónimo de imperialismo, de represión, de ideología de ricos, de liberales mejor conocidos como “pequeñoburgueses”, de conservadores, pero no solo del partido, sino de la cosmovisión filosófico-política.

Las variantes diferenciadas más importantes de la izquierda se consolidaron no tanto con la revolución en Rusia o en China, sino propiamente con la revolución en Cuba. A partir del impacto

político de la revolución cubana, en un principio muy nacionalista, pero prontamente aliada soviética, las tendencias marxistas, leninistas, maoístas, trotskistas, etc., emergieron para configurarse en “el costado izquierdo” de la política, pero con identidades ideológicas tan cerradas y radicales que en ocasiones hasta entre la misma izquierda se consolidaron enemigos.

Por otra parte, a la izquierda representada en partidos o movimientos, en un principio de su historia, le costó tremendamente seguir un camino parlamentario; dicha vía no fue impulsada con fuerza democrática e institucional, pues no es un secreto que por ejemplo el Partido Comunista quedó excluido de la participación política desde su fundación hasta el determinismo dicotómico ofrecido por el Frente Nacional en Colombia. A pesar de esa emergencia de la izquierda en medio de la exclusión institucional, esta también quedó excluida por causa de la corrupción de los ideales de sus militantes o, lo que es peor, por el aniquilamiento físico de sus militantes. Por supuesto una cosa era que el Estado negara la participación, o que sus militantes se pelearan entre ellos, pero otra muy diferente era el asesinato de sus partidarios.

Lo anterior condujo a la radicalización de la lucha política que, orientada teóricamente por Lenin, Mao, y sustentada en los acontecimientos de Cuba, llevó a que la extrema izquierda fuera la protagonista o representante casi permanente, de la izquierda política en Colombia, a lo mejor no por gusto, sino porque las condiciones del Estado colombiano así convocaban a deducir.

La derecha, por su parte, estuvo compuesta por los grupos de poder que desde siempre se ubicaron al comando del Estado colombiano empleando como plataformas los partidos tradicionales. En varias ocasiones, la derecha se radicalizó y configuró lo que se conoce como extrema derecha, una variante que tiene que ver con pájaros, chulos, paramilitares, escuadrones de la muerte y cosas así por el estilo, que tuvieron fuerte asidero político en las palabras que para mediados del siglo XX pronunciaría Laureano

Gómez “nuestro deber es hacer prácticamente invivible el ambiente de la república [...]” (Semana.com, 2016). No obstante, la derecha, que parecía tener asegurado el poder político mediante una democracia cerrada y con persistente corrupción, ni siquiera se proclamó como derecha, lo cual es un fenómeno semántico muy particular en Colombia, pues la izquierda es fácilmente identificada, o mejor, rotulada, pero la derecha parece no pasar por ese mismo tamiz gramatical.

A propósito de esto último, ¿no le parece que, en Colombia, ni a la izquierda ni a la derecha les gusta denominarse de derecha o de izquierda? Puede ser que el síntoma del encasillamiento paradigmático sea producto del análisis político que hacemos algunos académicos o bien sea una estrategia para destruir o demeritar a los enemigos políticos, pues por lo menos como venía diciendo, en Colombia la izquierda es aparentemente identificable, sus partidos, sus discursos, si son abiertamente contra el modelo económico, se podría decir que constituyen alguna forma de izquierda.

Empero, la derecha es difícil de reconocer en el discurso mediático contemporáneo. Por ejemplo, si usted realiza un ejercicio simple observando varios noticieros masivos colombianos, verá que dichos medios hablan sobre la izquierda montones de veces, se refieren con propiedad cuando hablan del gobierno ecuatoriano, venezolano, boliviano, nicaragüense, como gobiernos de izquierda; pero es difícil, muy difícil, escuchar a un medio masivo colombiano aludiendo que el gobierno de Macri en Argentina es de derecha, que el de Santos en Colombia es de derecha o que la propuesta de Keiko en el Perú es de extrema derecha.

Por lo tanto, es importante sumar una gran diferencia, y es que la izquierda en los canales discursivos comunes, parece identificable, es puesta en escena hermenéutica, es visibilizada, bien sea para mencionar su existencia o para satanizarla, pero la derecha, no es definida como tal, la derecha queda inscrita en el liberalismo democrático de hoy en día, por eso considero importante

comprender que filosófico-políticamente, la derecha latinoamericana actualmente corresponde al proyecto neoclásico (liberal) económico y político y que la izquierda latinoamericana corresponde al proyecto neo-socialista. En esta misma línea cabe mencionar que los grandes medios de izquierda complementan la tesis que planteo, pues dichos medios (de izquierda) proVenezuela, proRusia, o proCuba identifican plenamente en el lenguaje a un gobierno como por ejemplo el de Macri, de derecha. No obstante, por sondeos aleatorios simples en los salones universitarios, los estudiantes identifican claramente a la CNN pero desconocen a Hispan TV, esa realidad es innegable.

¿Es acaso un determinismo insertar al liberalismo en el paquete de la derecha? Bueno, si eso fuera un determinismo, entonces tendríamos que confiar en las palabras caducas de Fukuyama sobre el fin de la historia, y creer que las condiciones históricas de los países no provocan que las personas sean capaces de cambiar los conceptos o la forma en que comprendemos la realidad. La historia no llega a su fin, y así el comunismo hubiese caído, eso no significaba desde ningún punto de vista que “había ganado el mejor”, y no es ponerle condimento ético a la cuestión, pero es que a veces es preocupante ver cómo, en Latinoamérica, mientras la gente se mata, sufre por las consecuencias del extremismo político, a la par los debates se quedan en lo que dicen algunas lumbreras intelectuales desde el otro lado del mundo, descociendo gran parte de nuestro contexto.

El liberalismo clásico ya ha formado parte de la derecha en la historia, incluso a Hitler le tocó cambiar la postura revolucionaria nacionalista que lo caracterizó antes de que fallara su intento de golpe de Estado en 1925, para pasar a colocarse la máscara de demócrata liberal y así llegar al poder.

En esta misma línea, resultan absolutamente absurdas las palabras de Vargas Llosa cuando aseguraba en la Feria del Libro realizada en Buenos Aires en 2011 que “asociar una dictadura con

liberalismo es una obscenidad”⁵, a decir verdad uno no sabe si el literato estaba hablando de filosofía política o de la realidad regional latinoamericana, pues asociar las dictaduras del cono sur, con el liberalismo producido en la Escuela de Chicago, si hablamos propiamente desde Chile, dudo mucho que constituya una obscenidad.

Mientras existan humanos, la cultura y la historia de la cultura no acaba, y la historia de las ideologías menos. Lo que sucede es que se trasforman en apariencia con ayuda de la lingüística, más no en la esencia problémica. Si se prefiere, para mayor claridad, erradiquemos por un momento los rótulos “derecha” o “izquierda”. ¿Qué nos quedaría? ¿Qué surgiría como eje del debate? De seguro, saltarían a relucir las diferentes visiones sobre el cuidado ambiental, las diferentes posiciones sobre cómo desarrollar los campos de la salud y la educación, surgiría una discusión sobre la competencia leal y la desleal en la dinámica del mercado, sobre la reforma tributaria, sobre los salarios, sobre la tierra, en fin. Las discusiones tomarían temas específicos que conducirían a una confrontación de posiciones representada en conglomerados con más o menos poder en la sociedad. Ese juego de contradicciones es donde se abre el espacio para la categorización izquierda o derecha, pero evidentemente, dicha categorización no concluye una problemática cuando no se ahonda en el análisis de las condiciones de la contradicción misma.

Por ejemplo, si analizamos brevemente el significado de los gobiernos de Uribe y Chávez, evidentemente, muchos dirían que simbolizaron una clara distinción *derecha e izquierda*; no obstante, más allá de lo que se supone es una obviedad, ¿no le causó nunca curiosidad las similitudes tan tremendas que en el fondo tenían dichos gobiernos? Caudillistas, monotemáticos, con mención

5 Palabras extraídas del titular del diario digital peruano *El Comercio* del jueves 21 de abril de 2011.

imperdonable de un único enemigo, con mención mesiánica de una única solución, con alocuciones semanales, con discursos agresivos, con carismas populares... ¡ah! pero eso sí, los contradictores allá en Venezuela eran los de derecha, y aquí en Colombia eran los de izquierda. ¿No es irónico tanto parecido, pero tácitamente la evidente diferencia? La similitud más prominente entre la izquierda y la derecha es que ambas se preocupan por conquistar, dominar, arrebatarse, conspirar, detentar, adquirir o ganarse el poder político del Estado, dependiendo de cuál sea su posición histórica.

Los socialistas del siglo XXI gritan *abajo el capitalismo*, pero hacen maromas para conseguir mercados que le pongan ruedas a todo su discurso, y los neoclásicos o neoliberales, gritan *abajo el Estado, que viva el libre mercado*, pero se les escurren las babas cuando se abren licitaciones y desean quedarse con el erario, promoviendo además que este erario (social) no sea invertido en lo social, sino otorgado a la empresa privada mitificada como más eficiente (en el mejor de los casos).

¿Aún no lo ve? las diferencias son prominentes, pero las similitudes van de la mano, Bobbio no se equivocaba, definitivamente, si existe una, existe la otra y viceversa.

Lo anterior conduce a concluir que las similitudes y diferencias implícitas de la derecha y la izquierda dependen profundamente de las condiciones específicas de cada sociedad. ¿Es tan revolucionaria la izquierda como la derecha? Sí. En caso de que el oficialismo sea de derecha, la izquierda será oposición y en caso de que el oficialismo sea de izquierda, la derecha será oposición, ¿qué detentan ambas? la mayoría de sus variantes: el poder político. Las que no detentan el poder político, luchan desesperadamente desde el ámbito identitario por el reconocimiento, pero cuando se dan cuenta de que el reconocimiento no sirve para desarticular las bases de la invisibilización, se desarticulan o entran en la lógica de la consecución de poder político.

Son tan parecidas que por eso sugiero desconfiar como sujetos críticos de las posiciones deterministas. Empero, tampoco estoy asegurando un desacuerdo cuando, por ejemplo, un sujeto asume su condición histórica consciente y decide bien sea militar en la derecha o en la izquierda, a decir verdad, cuando esa militancia es resultado de una conclusión consciente y argumentada, más no guiada desde lo superfluo, creo que hay condiciones mínimas para un debate.

Lo que sucede por ejemplo en Colombia, es que muchos que aparentemente son portavoces de discursos de izquierda o derecha, en realidad son objetos pasionales del *marketing* político y, por consiguiente, son esa clase de personas que odian a “los derechosos” o a “los izquierdosos” pero que no tienen una justificación profunda y coherente de por qué hay que “odiar” a ese otro. Yo insisto: eso es “mamertería” de lado y lado, no se puede celebrar tamaña estupidez.

Otra conclusión importante es que no hay una condición moralmente buena o mala, que se atribuya a un militante de derecha o de izquierda. En cambio, considero que lo más dañino para una sociedad no son las ideologías, no es la izquierda o la derecha *per se*, sino tal vez, esa línea que se define o se considera “por fuera de” y convence falsamente de que el sentido común que genera un oficialismo político, es la objetividad real.

Me explico, en Colombia, muchos representantes de los discursos de la izquierda y de la derecha no pudieron mantenerse en sus cargos, si estos requerían de alguna manera un manejo ético de la profesión, como lo puede ser por ejemplo el cargo o rol de periodista. Muchos personajes que utilizaban los medios y el ejercicio periodístico para ser portavoces de partidos políticos, hoy en su mayoría (no todos, ni todas) tuvieron que dejar sus cargos, o están militando con gusto en diferentes partidos ejerciendo funciones políticas, pues al estar atribuyéndose una objetividad que no les era propia y mucho menos desde su posición en la sociedad, dañaron

la imagen de sus profesiones o causaron líos de intereses puesto que no es ético presentarse con una bandera de neutralidad, cuando se tiene un argumento, o como es típico en Colombia, más que un argumento, un odio personal (casi siempre insostenible racionalmente) contra una forma de expresión política.

Es decir, el problema en Colombia es que casi siempre aquel que se dedica a machacar a la izquierda o a la derecha desde su discurso y su posición en la sociedad, ufanándose de que es *objetivo* o de que es *neutral*, peca por falaz, pues por lo general, los sujetos llevamos una posición política a cualquier lugar donde decidamos expresarnos.

¿Qué significa esa posición política? A decir verdad, significa la capacidad de construir una opinión sobre cómo deberían ser las cosas, cómo deberíamos organizarnos, quién es justo, quién es injusto, etc.

Entonces, ¿qué se puede concluir de la distinción y la similitud de la izquierda y la derecha en Colombia? En principio, la conclusión tiene que tocar el elemento más sensible de una conversación sobre política en este tiempo: la democracia.

Norberto Bobbio aseguraba que los extremistas tanto de derecha como de izquierda tenían en común la antidemocracia y que los moderados, tanto de izquierda como de derecha, tenían en común el espíritu democrático (Bobbio, 1994). No obstante, hoy se puede decir que los neo-socialistas y los neo-liberales tienen en común que defienden discursivamente la democracia. El problema surge cuando la sociedad se pregunta ¿qué tipo de democracia? algunos pueden asegurar con vehemencia que en Venezuela hay dictadura, no obstante, todos los mecanismos democráticos, como votaciones, consejos nacionales y demás instancias funcionan tal como funcionan en una democracia como la colombiana. Entonces ¿cuál es el problema a ciencia cierta? Bueno, la dinámica del mercado internacional ofrece panoramas para una respuesta, puesto que parece que todo el tema finalmente, casi siempre recae sobre los intereses económicos, recae también en cuestionarse

cómo un Estado latinoamericano por ejemplo cataloga de progreso o de saqueo, el efecto de una multinacional.

A decir verdad, las típicas posiciones que emergen desde la derecha y la izquierda frente al tema de las multinacionales son deterministas y causan serios daños a los países. Escuderos neo-socialistas y neo-liberales parece como si fueran grabadoras repetidoras de un par de ideas que de seguro el lector habrá escuchado alguna vez. La izquierda menciona que hay que sacar a las multinacionales del país, y la derecha menciona que la inversión extranjera es el símbolo más grande del desarrollo. Si seguimos la línea de este ejemplo típico de confrontación discursiva, un sujeto crítico, auténticamente latinoamericano (es decir conocedor de su contexto), y que intenta, abrazado del principio de la política, superar esa dicotomía derecha e izquierda que a veces pareciera no permitir el avance, podría preguntar sin basarse en un sentido común ofrecido por algún tipo de medio informativo u oficialismo político, sino fundamentado en su conocimiento del contexto: ¿acaso tenemos que sacar a las multinacionales del país? ¿Y las exportaciones, las importaciones? ¿Acaso tenemos que dejar que hagan lo que quieran o que solo entreguen dinero como parte del negocio? ¿No sería bueno llegar a una negociación realizada no por representantes del Gobierno, sino por representantes de los territorios sobre los que hay incidencia de dichas multinacionales? ¿No sería pertinente una estrategia que apuntara al recambio del sistema de regalías por proyectos sociales que impactaran el PIB?

Pensar las posibilidades, teniendo en cuenta a todas las partes, sería atrevido con la perspectiva de los portavoces de la derecha y la izquierda, donde los unos al parecer quieren siempre tildar de fascistas a todas las multinacionales y los otros quieren tratar de ignorantes a todos lo que hacen críticas a los impactos negativos producidos por las mismas. Entonces, el problema de “blanco o negro”, como lo mencionaba en el capítulo 1, emerge análogo al tema “izquierda o derecha” en Colombia.

¿Podemos librarnos de la condición de entender la política solo desde esa dicotomía paradigmática? Evidentemente sí. ¿Cómo? Constituyéndonos en sujetos políticos. Eso, en principio no es para nada fácil, no depende solo del ingreso a una universidad, ni de la clase social, de hecho, en el último capítulo abordaré esta definición concretamente. Lo importante aquí, para poder concluir con una propuesta implícita, es que se puede escapar a esa condición dicotómica paradigmática forjando la capacidad más grande de un sujeto político: la evaluación y comprensión de su contexto, superando el fetichismo teórico.

Por el momento, como una condición básica para hablar de política en Colombia, sugiero plena atención sobre esta vieja dicotomía de izquierda y derecha, no para ignorarla, sino para tratar de recategorizarla, sobre la base del impulso de nuestras necesidades más apremiantes como sociedad. Puede que mientras definimos izquierda o derecha, los odios crezcan y las conclusiones coherentes y conexas al contexto se escapen de las manos; ¡es más! antes de que aquellos demócratas ingenuos o críticos de las posturas dicotómicas que basan sus precarios análisis en la apariencia, nos indiquen que en Colombia ya no hay problemas de ese tipo, porque la izquierda y la derecha están en el Congreso haciendo política y que la variedad de partidos demuestra el fin de esa dicotomía, dejo aquí una excelente apreciación: “En este universo de la Igualdad (Sameness), la manera principal de la apariencia de la diferencia política es generada por el sistema bipartidista, esa apariencia de la opción en la que básicamente no hay ninguna. Los dos polos convergen en su política económica [...] su diferencia es reducida a los comportamientos culturales opuestos” (Žižek, 2001, p. 8).

Sin lugar a dudas, en Colombia ya no hay bipartidismo, ¡peor aún! Hay muchos partidos y al final, antes de volver a citar a Žižek, prefiero quedarme con el lugar común más interesante que escucho cuando la gente habla sobre los partidos en mi país: *todos son la misma cosa*.

Entonces, es importante, que, a la hora de hablar de política, hablemos de política como el principio elemental que guíe la conversación, que promueva la acción basada en las propias necesidades colectivas y dejemos para después, el encasillamiento paradigmático que, al parecer, nos ha traído más problemas que beneficios.

Por último, de un modo igual de apremiante, sería necesario reconocer la existencia de las ideologías, reconocer que se necesita develar la falsa objetividad con la que hoy se recubren algunas posiciones editoriales de los medios masivos de información, develar algunas posiciones reencauchadas de liberalismo y que, si bien el contexto y la necesidad política deberían superar el debate complejo que solo acerca las conclusiones a la diada izquierda o derecha, no está demás la defensa de la ideas, siempre y cuando estas ahonden en la coherencia con un contexto y la convicción resultado de una conclusión crítica, pues es de allí que se generan los más grandes motivos de movilización, de cambio, y desde donde se toma la fuerza para desechar tanta discusión sin sentido o con odios injustificados.